

tanta miseria y tanta sublimidad, cayó del paraíso, ó se ha ido levantando de entre los monos; si debemos buscar meramente el desarrollo de la materia, considerando que de su refinamiento proceden todas las cosas, ó bien enaltecer el ánimo, creyendo que el individuo y la humanidad están destinados á redimirse y á perfeccionarse, recomponiendo la descompuesta armonía de la conciencia; y por último, si aquellos á quienes una política desapiada llama enemigos naturales, son ó no hermanos nuestros, de todo lo cual se pueden únicamente deducir reglas para la justicia, que es el fundamento de la historia ¿De cuán diverso modo no deberán formularse los juicios de ésta si Moisés, Mahoma, el emperador Cristóbal, Itúrbide y Tamerlan, nos son tan extraños como el reno y el elefante? ¿Cuán diversa no será la admiración que inspiren las instituciones de Manés y los poetas de Calidasa? ¿Cuán distinta no será la compasión que se tenga á los incas y á los descendientes de Motezuma, quemados por los españoles, y á los negros comprados y vendidos por los ingleses, suponiendo que aquellos son animales de otra raza diferente de la nuestra?

CAPÍTULO IV.

Primeras sociedades.

CUANTO acabamos de exponer destruye por completo la asercion de los que suponen, que el hombre nació meramente dotado de sensaciones, y que el acaso y la necesidad lo fueron despertando de la imbecil inercia en que dormitaba. Bajo el peso de apremiantes necesidades, jamás el hombre bruto habria inventado sino lo que le hubiera importado para satisfacerlas. Siendo esto así, ¿cómo habia de hallarse tan universalmente impreso el sello de las creencias religiosas? El lenguaje de éstas es el mas antiguo en todos los pueblos; los informes ensayos de civilizacion, que entre los pueblos mas rudos encontramos, se refieren siempre á un culto; y con himnos acompañan las danzas y cánticos de las solemnidades, himnos cuyo sentido no comprenden las más de las veces, y que por lo general están fundados en la reminiscencia de un mundo primitivo.

No: el hombre no podia elevarse hasta al razon sino por medio de la palabra, ni adqui-

rir ésta sin observar la unidad en la multiplicidad, lo invisible en lo visible, y el efecto en la causa, esto es, sin hacer uso de su razon: círculo vicioso que se reproduce siempre que se discurre sobre los principios de la humanidad.

Y se reproduce tambien en la idea de un contrato social, por medio del cual, los hombres, redimiéndose de la condicion de las bestias, contrajesen el primer lazo de la vida comun. Si fuese así, ¿por qué razon no habrian de hallarse pueblos sin habla, ni razon ni moral? Por el contrario, todas las historias nos demuestran que el hombre las poseyó siempre más ó ménos desarrolladas; de modo que podemos creer que constituyen el fondo y la esencia de su naturaleza, y que son anteriores á la razon especulativa, que nunca habria podido hallar un modelo perfecto para los casos prácticos.

Y en efecto ¿cómo podrian convertirse en deberes los lazos del matrimonio y de la paternidad sin que el hombre comprendiera los bienes que de ellos redundan y el medio de alcanzarlos? ¿cómo puede formarse una idea de los beneficios de la sociedad quien nunca los ha probado? Para que los hombres convinieran y quedaran comprometidos en un pacto social, era preciso que poseyeran un lenguaje comun para entenderse; formas de contratos, asambleas y representacion; es decir, que estuviesen ya ligados por los vínculos de la sociedad.

Además ¿con qué derecho aquel puñado de hombres habria podido obligar á la sucesion entera del género humano? ¿qué sancion autorizaba su pacto, si todo se fundaba en imágenes mudables, y en inconstantes abstracciones? Finalmente, si este pacto fué llevado á cabo con el objeto de obtener la felicidad, ¿no podré yo siempre que me sea gravoso rescindirlo con el mismo derecho, y volver á llamarme libre?

Pero ¿es libre el hombre en las selvas, donde no tiene compañía, ni puede por lo tanto dar curso á sus afectos, ni aún siquiera usar de la razon, la cual sólo en la sociedad y por la sociedad se desarrolla? ¿Es libre, donde todos tienen derecho á todo; lo cual perpetua la guerra? ¿Es libre, hallando á cada paso impedida su accion por las fuerzas de una naturaleza á la cual todavía no sabe sujetar?

Si los bosques y las cavernas, y la vaga venus, y el vivir á modo de fiera son el estado natural del hombre, no podrá ménos de considerarse como vicio esa desviacion de tales condiciones que llamamos sociedad y progreso; y las ciencias y las artes, léjos de afanarse por herosear la vida y hacer más agradable el consorcio civil, deberian emplear su industria en hacer retroceder al hombre á aquel estado primitivo que es la naturaleza y la libertad. Consecuencia verdaderamente lógica, cuyo absurdo bastaria para desmentir el principio: como basta la Historia para negar que el hombre haya inventado el lenguaje, la religion y la moral. El estado salvaje es, pues, no ya el principio de la humanidad, sino una degradacion, una degeneracion hácia la naturaleza animal, en perjuicio de la naturaleza moral. Y que semejante decadencia hasta el completo olvido de todo elemento de civilizacion es posible, lo vemos todos los dias en América, y principalmente en el Brasil, que tiene países de prodigiosa fecundidad en los ganados, donde la vida da tres cosechas, los bananos y naranjos están todo el año cargados de frutos, y donde sin embargo los hijos de los portugueses se encuentran reducidos á un estado brutal, sin contratos nupciales, sin moneda, sin sal, y casi sin vestidos ni religion.

No fué pues, la sociedad civil formada por interés ni por adquirir nuevos goces, sino por necesidad, para mudar la vida de hecho en vida de derecho, y para impedir la destruccion de la especie. No deprava al hombre, ántes por el contrario, constituye el único estado en que le es posible encontrar la luz que ilumina su ignorancia y la norma que arregla sus inclinaciones: no es voluntaria, ni consecuencia de una casualidad, sino obligatoria, y derivada de la naturaleza misma del hombre: ni quien tenga discernimiento podrá decir que el hombre renunció en parte á su libertad cuando renunció á la facultad de dañarse y destruirse; cuando consolidó la justicia, ó sea la seguridad del derecho de cada uno, y del bien moral y físico de todos; cuando adquirió, en fin, aquella libertad que consiste en la facultad de poder cada cual dirigirse á sus fines.

Ya en el paraíso el primer hombre habia recibido el encargo de custodiarlo y labrarlo,

como si de este modo le hubiera dado á entender que el primer destino de nuestra especie es la lucha. Estos se aumentaron por via de castigo cuando el hombre cayó en el pecado: castigo de padre, pues el trabajo contribuye á la salud y al bienestar, perfecciona al hombre, y le da la conciencia del ser y del vigor, que se concentra en el esfuerzo que hacemos para mejorar de estado y gozar aquella felicidad, que más bien es un sentimiento tranquilo, que una tumultuosa conquista.

No conuerda tampoco con la Historia el sucesivo tránsito imaginado por algunos de la vida pastoril á la agricultura, y de ésta á la industrial y al comercio. Las dos primeras las vemos ejercidas apenas el hombre fué condenado á vivir del sudor de su rostro. El fratricidio llevó á los descendientes de Cain léjos de las tiendas patriarcales: los cainitas multiplicaron y establecieron ciudades donde se desarrolló la industria; de modo que á la sexta generacion del homicida ya se cultivaban las artes metalúrgicas y se conocian instrumentos músicos. Habiendo vuelto luego el género humano á consecuencia del diluvio á formar una sola familia, se conservaron en ella las artes primitivas, y Noé fué agricultor y artesano; pero á medida que los hombres se fueron esparciendo por la haz de la tierra, cada cual varió de industria segun los lugares, atemperándose á la necesidad, y descuidando el ejercicio de lo que no servia para la satisfaccion de sus necesidades. Por esta razon vemos al negro trepar á los árboles más altos y á las rocas más erguidas; al groenlandés lanzar con seguridad el arpon contra los cetáceos; al samoyedo luchar con el oso blanco; al canario perseguir saltando de roca en roca á la gamuza; á la tibetina llevar á los extranjeros á las mas elevadas cumbres: cada cual, en fin, se nos presenta acomodándose á las exigencias del suelo en que se estableció. Quien no ve otra belleza mas que la de los animales, se pinta el cuerpo y se pone crestas, cuernos y colas; el cazador se viste de pieles; el americano se adorna con plumas de sus aves, á las cuales la naturaleza prodigó gran riqueza de colores como en compensacion de haberles negado la melodía del canto; y el habitante de las Marianas teje la corteza de la planta. Por otra parte ¿qué diferencia entre el

comercio de los ingleses y el de los chinos, entre el lapon pastor de renos, el árabe de camellos, el peruano de llamas, y el mogol de potros!

Nacieron pues y se desarrollaron las industrias con arreglo á los terrenos, pero la agricultura fué la que mayores alteraciones introdujo en la constitucion moral. Porque el hombre, despues de haber trabajado y sembrado un campo, quiere seguir paso á paso sus esperanzas, y para eso construye una casa al lado de la heredad. De aquí va desarrollándose naturalmente aquel poderoso sentimiento que llaman amor patrio; y de la estabilidad de los hogares traen su origen las sociedades civiles.

Cuando Adam, al ver la compañera que Dios le habia formado, exclamó: «Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará como el hombre porque del hombre fué sacada, y el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá á la mujer, como si los dos no formasen mas que una sola carne,» quedó puesta la primera piedra del edificio social que ha durado al través de todos los siglos y revoluciones, y que puso la sociedad doméstica por base de las demas sociedades, de modo que éstas debiesen prosperar ó desmayar segun aquélla fuese respetada ó se relajase.

Una autoridad establecida en aquellas sociedades, es un hecho natural, más bien que una necesidad. El padre gobierna la numerosa prole, sin magistrado ni ejecutores, no más que por la fuerza de la conciencia, del respeto, de la gratitud y del convencimiento. Creyendo en Dios, lo sirven en el amor al prójimo; la fidelidad conyugal, abre el campo á las inefables dulzuras del matrimonio y á sus consiguientes afectos: vivo es el amor de familia, principalmente en las madres, y vivas son las amistades cuanto más estrecha sus vínculos la necesidad. El amor á la familia es anejo al de la propiedad, y al de ésta el del país; y el amor doméstico se extiende de este modo á toda la tribu.

La idea de un poder hereditario, absoluto sobre vidas y haciendas, no podría caber en la mente de aquellos hombres mientras duró el gobierno patriarcal. Ni áun en el último período de éste, cuando la asociacion se ligó por un pacto ó por funciones confiadas á un hombre solo, ó á unos pocos, era conocida la autoridad

hereditaria. Fórmase una partida de cazadores para verificar una expedicion, y necesitando uno que los dirija, eligen al más diestro y lo obedecen porque así lo cren conveniente, refiriéndose tambien en sus disensiones á la decision del que reputan por más sábio y honrado. A este juez, á este caudillo, dejarán acaso por gratitud la autoridad mientras viva, pero no el derecho de trasmitirla por herencia. La fuerza de los conquistadores, los vicios de los vencidos, las pasiones, la educacion y un supuesto derecho divino, dieron señores á la raza humana en los siglos sucesivos; pero la Providencia colocó la felicidad de aquélla, más alta que el influjo de las contingencias, pudiendo el pobre ser feliz, y libre el esclavo entre sus cadenas, y cada uno dirigirse, cualquiera que sea el orden de cosas, al perfeccionamiento individual y comun. Entonces fué cuando la autoridad patriarcal se reprodujo en la metropolitana, pasando una ciudad á ser cabeza de otras muchas, así como un padre habia sido cabeza de muchas familias.

Creyeron algunos que Dios habia establecido la servidumbre, cuando Noé maldiciendo á Canaan le dijo: *Tú serás esclavo de Jafet*. Pero aquí se habla de una dependencia de dominio, no de una inferioridad de condicion, como era entendida por los antiguos la esclavitud. Este horrible abuso de la fuerza no pudo nacer sino de la arrogancia de los conquistadores, que convirtiendo en derecho la victoria, se creyeron autorizados para exterminar á los vencidos, ó por lo ménos para conservarlos para su propia utilidad.

¡Tan sencillos fueron los principios políticos con que se gobernaba la sociedad humana, reunida aún en las alturas del Senaar! Habiéndose luego multiplicado prodigiosamente, pensó en establecer una centralizacion social que encaminase á un propósito comun los esfuerzos de todas las tribus; pero ya el egoismo levantó la cabeza: la torre que debia servir para la union, se convirtió en foco de confusion; los pueblos se dividieron, y Dios puso entre ellos una nueva barrera con la variedad de las lenguas.

Los industriosos descendientes de Cam poblaron la Siria, la Arabia, algunas comarcas entre el Eufrates y el Tigris, y por el itismo de

Suez penetraron en Africa y en las islas de los mares del Sur. Estos conocieron la industria, la ciencia y la civilizacion en un grado sublime; pero su inmensa depravacion moral é intelectual los arrastró á una precipitada decadencia.

La raza de Sem permaneció en el Asia entre el Eufrates y el Océano Indico, extendiéndose desde allí á una parte de la Asiria y Arabia, al Occidente de aquel rio; luego, andando el tiempo, entró en América por el mismo camino por donde entran todos los años los chuktos que van á pelear con los americanos de la costa del Noroeste. Los semitas, que aparecen desde remotísimos tiempos más instruidos, conservaron las tradiciones de los patriarcas, tanto respecto de la ciencia humana, como con relacion á los dogmas religiosos.

Algo más ruda, pero ménos corrompida la descendencia de Jafet, que pudo participar de las ventajas de los pueblos que se habian elevado más rápidamente á la civilizacion, se dirigió hácia el Norte, á las islas del Mediterraneo y á Europa, extendiéndose considerablemente y penetrando hasta las tiendas de sus hermanos.

Mas del mismo modo que la materia al principio fermentó en continua lucha hasta conquistar el actual reposo, así los hombres fueron emigrando de region en region, antes de establecerse; y en aquel tránsito se mezclaron y confundieron, de manera que no siempre la historia tiene á mano recursos para distinguirlos. Esto lo conseguirá tanto mejor cuanto más se vaya aclarando la historia del Asia antigua, geroglífico del cual hasta el presente son muy pocos los rasgos que han llegado á dilucidarse.

Si en tanto queremos aplicar á la historia las indagaciones lingüísticas de que ya hemos hablado, veremos descender, partiendo de la Mesopotamia y de las cordilleras del Himalaya, de los Altais y los Urales, la raza blanca por dos direcciones al Occidente, y la amarilla al Levante, subdividiéndose aquélla en las regiones del Sudoeste, del Oeste y del Noroeste, y la otra en las regiones del Este, del Nordeste y del Sudeste. Los blancos de la region del Sudoeste fueron llamados *indo-europeos*, inmensa estirpe extendida desde el Mar de la India al Atlántico, desde Ceilan á Irlanda.

Una parte de ésta, pobló la India, dando origen á los modernos bengaleses, siks, maratas, malabares, tamulos, telingos, mogoles ó indoturcos, zingros, cingaleses, y á los habitantes de las maldivas; en tanto que otra parte de la misma ocupó la Persia, de donde proceden los parsos y partos antiguos, y los modernos Güebros, persas, curdos, bugareses, afganes, los beluscos, limitrofes suyos por la parte de la India, y los osetas del Cáucaso. Desde remotísimos tiempos la India se nos presenta dividida en Iran y Turan, ésto es, país de la llanura y del monte, y éste se halla ocupado por la estirpe indo-persa que se denomina de los sacis ó escitas, los cuales se difundieron ampliamente, en particular con la rama de los celtas y cimbros.

Desde los Altais al Cáucaso se prolongaron aquellas estirpes que podremos denominar caucasicas, de las cuales la más poderosas es la turca, con sus variaciones de uigueros, turcomanos, usbekos, seyúscidas y otomanos; despues sigue la raza armenia entre el Eufrates y el Caspio, y entre este y el Mar Negro, la Georgiana.

En la opuesta pendiente de Himalaya, al frente de toda la estirpe amarilla ó sea indochina, esta la familia de la china, á cuyo rededor se agrupan los tibetinos, birmanes, peguanos, siameses y anamitas; y en las playas del Mar Amarillo los coreanos y los industriosos japoneses.

Al occidente del Asia, entre el Eufrates, el Mar Rojo, el Golfo Pérsico y el Mediterraneo, se estableció la estirpe semítica ó caldea, dividida ya en las cuatro ramas de los asirios, á quienes pertenecian los pastores de la caldea, los guerreros de Babilonia y de Ninive, los medos y los sirios; de los hebreos con los cananeos, fenicios y cartagineses; de los árabes y de los abisinios.

Por el Oriente de Asia, andan errantes los tártaros, divididos en las dos familias de los mogoles, terror de Asia y Europa; y de los tungusios, de los cuales unos son nómadas y están tambien bajo el dominio de Rusia, y los otros son dueños de la China con la denominacion de manchús.

Entre los hielos de Nordeste se halla establecido el grupo siberiano, el cual se divide en

samoyedos, que habitan las costas del Mar Glacial, coriecos, geniseos, kamschadalos y curilianos, cuyas tribus ocupan la última extremidad oriental de nuestro globo.

La Europa, y especialmente las playas del Mediterraneo, son la tierra que la providencia desterró con preferencia para desarrollar los gérmenes de la civilización. Su suelo es tan propicio para la agricultura, como poco á propósito para la caza y la vida pastoril; y su raza es la más dispuesta para el desarrollo intelectual. En Asia se constituyeron las sociedades; pero solo en nuestras regiones se elevaron á la libertad doméstica y política, y al conocimiento de los derechos. Del Asia vinieron las invenciones; pero en nuestro suelo recibieron el mayor incremento; aquí llegaron las artes á una insuperable altura; aquí la fuerza de creación se dió la mano con la crítica, y la imaginación se hermanó con la filosofía; y si allí hubo grandes conquistadores, solamente aquí florecieron los insignes capitanes que organizaron el arte de la guerra. Los iberos, reputados como pueblo algo diverso de la raza india, y con más afinidad con la semítica, habitaron desde antiquísimos tiempos la península más occidental, llegando á ella acaso por mar desde Italia, y á Italia desde la Iberia Asiática y dando origen á los tudertanos, lusitanos, y cántabros españoles; á los aquitanos de la Galia, á los ligurios de Italia, y á los vascos. El idioma de éstos que hasta ahora se consideraba como de familia diferente, se reduce también á la clase de los indo-europeos, y según Edwards, es análogo al celta. Esto tiende á desvanecer la ilusoria diferencia, cuanto es posible entre aquellas remotísimas tinieblas; y en tal caso puede decirse que los iberos pertenecen también á la gran familia céltica, que quizás es la misma que la escita, y que con el nombre de galos y cimbrós se estableció en la Galia. Allí los primeros dieron origen á los ecuos, secuanos y arvernos, y se difundieron por Italia con la denominación de umbrios, y en Bretaña con la de galeses, mientras que los cimbrós, con los nombres de boyos, belgas, armóricos y bretones arrojaban hácia el septentrion á los primeros moradores; hasta que habiendo sido subyugados, no sobrevinieron más que en los galeses de la Escocia é Irlanda, y en

los bretones del país de gales y de la Bretaña francesa. Ciertamente es que los nombres de iberos, ligurios y otros semejantes figuran en países remotísimos hasta en la Hibernia, por una parte y entre los ligurios del Mar Negro por otra, donde los coloca Scillace; pero deben tomarse como nombres genéricos, distinguiéndolos luego en ligurio-iberos, ligurio-itálicos, y así á este tenor; porque la llegada de otros pueblos los empujaba cada vez más hácia el Occidente mientras que en las islas se confundían todos en uno.

En la Europa meridional, entre los Alpes y el Egeo, el Mediterraneo y el Mar Negro, y en el litoral del Asia menor, se estableció una población india, conocida con el nombre de Traco-Pelásgica ó Romana. Parte de esta última, pasando el Tauro, ocupó en el Asia menor la Frigia, la Lidia y la Troade, y habiendo atravesado el Bósforo, se fijó en la Tracia; mientras la más antigua, penetrando en la Tesalia, se establecía en la Grecia y el Peloponeso con el nombre de pelasgos ó helonos, y posteriormente con los de eólios, jónios, dórios y aqueos, extendiéndose también por las islas y el continente de Italia, donde ya otros de la misma familia habían llevado la civilización, llamándose oscos, toscos y latinos, y reuniéndose todos posteriormente bajo los estandartes y el nombre de Roma.

Los indo-persas, que siguieron á los celtas, entraron en Europa por el Cáucaso; y caminando contra la corriente del Danubio, parte ocuparon el centro de la Germania, formando las tribus guerreras de los teutones, suevos, francos, y alemanes; parte costeadando el Elba dieron origen á las de los sajones, frisones, longobardos y anglos; y parte, siguiendo el curso del Oder y las costas del Báltico, tuvieron por descendientes á los escandinavos y á los godos.

También es de origen indio la familia *eslava*, que al parecer entró en Europa poco después que la germánica, ocupando palmo á palmo los terrenos que ésta había dejado desiertos, hasta que se situó en la vasta llanura que se extiende desde los montes Carpacios hasta los Poyas, y desde el Báltico al Mar Negro. Viéndose luego vencida y derrotada, se replegó hácia Oriente con las tribus de los sármatas, ro-

xolanos, zecos, venedos, pruzos, y actualmente se halla dividida en tres principales ramificaciones, que son los rusos é ilirios; los polacos, bohemios y vendos, y por último los letones y lituanos.

Extraña á la India, y pariente de los pueblos del Noroeste de Asia, es, al parecer, la estirpe *urdica*, empujada por la eslava hácia el Septentrion, donde desembocó en la edad media con el nombre de hunos y ugos, y que ahora se divide en las ramas finesa, que habita la Estonia y la Laponia; magiar ó húngara, establecida en la extremidad de la Alemania; chermisa, en las riberas del Volga, y permiana, cerca de los montes Urales.

A la civilización de los indios y caldeos es también análoga la de los egipcios, que ahora sobrevive en los coftos; los abisinios han adoptado un dialecto árabe, y la familia berberisca reúne en su seno los restos de los antiguos moros, nómadas, Cireneos y cartagineses. Tan poco conocida es hasta ahora el Africa Central, que no es posible determinar sus familias, ni seguir el curso de sus vicisitudes. En la Oriental, á lo largo del Mar Indio, desde las fuentes del Nilo al cabo de Sofala, conocemos dos familias: la de los *galas*, que actualmente dominan la Abisinia, y la de los *motapas*, que habitan las costas del Zanguebar, de Mozambique y de Monos potapa. También la Meridional comprende otras dos familias: la de los *cafres* y la de los *hotentotes*.

Dos distintas razas ocupan la Oceania: la *Melanesia*, casi negra, con cabellos crespos, y

la *Polinesia*, morena, con facciones indo-mogolas, y con cabellos lisos ó rizados. A la primera pertenecen también los pueblos de Madagascar, así como los cafres y hotentotes; y estas mismas razas se han mezclado profusamente en el archipiélago Indo-Chino.

Los indo-europeos dominan asimismo el gran continente de América, exterminando cada vez más y más á los indígenas y conaturalizando negros; ignominiosa y acaso incurable plaga de la libertad de aquel país. Pero entre las razas indígenas, las de la América del Norte y Méjico representan el tipo indio, que prosigue subsistiendo en el Perú, en tanto que el resto de la América meridional tiene naciones más conformes con la raza mogola por el color, las facciones y la oblicuidad de los ojos.

Esta es la presunta filiación de los pueblos, cuya vida nos preparamos á bosquejar, acompañándolos en su engrandecimiento y en su marcha por los senderos de la Providencia. Hemos creído deber nuestro insistir sobre principios que generalmente descuidan los historiadores, y hemos dicho ya el motivo que nos ha impulsado á ello. Asimismo hemos aducido razones para consolidar humanamente los dogmas de un orden más sublime. A quien no le parezcan bastante convincentes, recordaremos que, según refieren los antiquísimos libros de los Parsos, habiendo interrogado el sábio Zoroastro á la divinidad acerca del origen y fin de las cosas, recibió por respuesta. *Practica el bien y conquista la inmortalidad.*